

EL OMNIBUS.

Periódico Literario, Agrícola y Fabril, de Religión, Variedades y Avisos.

AÑO V.

MEXICO.—Jueves 18 de Enero de 1855.

TOMO V.

CONDICIONES DE LA SUSCRICION.

EL OMNIBUS se publica todos los días, excepto los Domingos. La suscripción mensual adelantada cuesta en la capital SEIS REALES, y UN PESO en los Departamentos, franco el porte.

Los números sueltos valen en México UNA CUARTILLA, y en los Departamentos TRES OCTAVOS.

Se reciben las suscripciones en el despacho de esta imprenta, calle de Cadena junto al número 10; en las librerías de los Sres. D. José María Andrade y D. Cristóbal de la Torre, portal de Agustinos núm. 5. Las cartas se dirigen á los EE. del OMNIBUS, franco de porte.

Este Periódico se lee gratis en el establecimiento de *Pillars y Ungüento Holloway*, 244, Strand, Londres, en donde se reciben los anuncios y las suscripciones.

OJEADA HISTORICO-CRITICA

SOBRE LA INQUISICION ESPAÑOLA,

DESDE EL ORIGEN DE ESTE TRIBUNAL HASTA SU ABOLICION EN 1813.

Nuestra degradación fué completa al espirar la monarquía austriaca. El nombre de Carlos II podrá ser repugnante cuanto quiera; pero ese rey cargado con la leña destinada á la quema de herejes; ese rey supersticioso, enfermizo, ignorante, imbécil, estúpido... ese rey no es, bien mirado, sino un monarca digno de su época. Cuando el nieto de Luis XIV traspuso el atlantico Pirineo viniendo á alzar del cielo la corona que aquel le habia legado, España, la misera España era un verdadero cadáver, y él se encargó de reanimarlo. No lo consiguió ni era fácil; mas lo galvanizó y no hizo poco. Nuestra desgracia quiso que Felipe viese en la inquisición, paisana suya, una pila de Volta muy al caso para producir el fenómeno, y el santo oficio prosiguió adelante. El espíritu del país era en tanto de teocrático siempre, mas no como lo habia antesido, sino bajo el mismo concepto y arreglado á las propias condiciones que en los días de Carlos II. Altos, bajos, opulentos, mendigos, reyes, súbditos, magnates, plebeyos... todos prosiguieron iguales ante el tribunal opresor. Las leyes mas atroces del mundo han hecho siempre algunas concesiones á la debilidad de la mujer: el santo oficio no distinguió nunca entre el sexo débil y el fuerte: el flaco fué igual al robusto, lo mismo que ante las llamas, ante la confesión, en el tormento, solo que el débil confesaba antes y era antes quemado tambien. Pero, ¿á qué recordar nuevamente los lamentos de la humanidad clamando á grito herido en el potro? Cuando la inquisición fué abolida por los diputados de Cádiz no existia ya el lujo de tortura con que el agua, la cuerda y el fuego habian apurado en nosotros todas las combinaciones posibles en la pertenencia. Cuartillo: ni mar, ni achichu-

las parrillas con la humeante y viva carne humana tantas veces ofrecida en manjar á la gastronomía del monstruo. Satisfecho el primer apetito con los cinco millones de víctimas sacrificadas á su voracidad desde Fernando V á Carlos IV, estaba el santo oficio repleto como Polifemo en la cueva, no existiendo respecto á este punto otro peligro para la nación, sino el de que el gigante sacudiese el sueño en que se hallaba sumido, volviendo á sentir hambre nueva, terminada que fuese la obra de la impía y horrible digestión. Godoy habia sido el primero que al verle beodo de sangre, aprovechó su primer hastío para hacer mas larga la tregua que en los sacrificios humanos habia introducido el cuarto rey de la dinastía borbónica; mas si no se quemaban ya hombres, no por eso habia cesado la proscripción de la inteligencia; si no habia autos de fe para los pensadores atrevidos, los habia para sus obras; si para castigar á un filósofo bastaba poderle en la cárcel, para dar castigo á sus libros eran necesarias las llamas; y ahí puede verse como el santo oficio caminaba siempre á su fin aun en esos días de tregua. Y este era cabalmente el grave mal, la guerra declarada al espíritu, no al suplicio material de los cuerpos. Entre los salvajes de América y los discípulos de Torquemada habia alguna cosa de comun en cuanto á devorar carne humana; pero aquellos mataban hombres, los inquisidores ideas. Galileo encerrado en la prisión, no era precisamente el ser mortal que los hombres llamaban Galileo; era el genio que habia puesto al sol en posesion de su inmovilidad, y á la tierra en la de su giro, de sus oscilaciones y miserias. Nuestros cinco millones de víctimas no fueron tampoco en España un cinco y seis ceros de menos en la lista de los seres vivientes ó dotados de patria y libertad; fueron muchos millares de elementos robados á la España comercial, agrícola, industrial, y fabril, científica, literaria, y artística. De aquí en su mayor parte los males que vinieron sobre el país, su postracion en todos sentidos, su despoblacion espantosa, su degradante atraso intelectual, su noche de ignorancia suprema. Suprema, si: ¿qué son sus grandes hombres de la era austriaca ó borbónica, sino puntos que brillan en el cielo impotentes contra la lobreguez en que se halla sumergida la tierra? La ilustracion desamparó á las masas: ¿qué importan unas cuantas escupciones de ese universal idiotismo? El desierto será siempre desierto á despecho de algunos oasis: la noche será siempre noche aunque lleve manto de estrellas.

Era, pues, llegada la hora en que el sol de la libertad no se limitase en España á alumbrar el horizonte político, siendo tan siniestra la nube que estaba encapotando todavia el horizonte de la inteligencia. Nada habian hecho las Cortes haciendo abdicar al gobierno su tiranía administrativa sobre la libertad del pensamiento, mientras la intolerancia religiosa pudiera interpretarlo á su gusto. La inquisición era incompatible con la cons-

titucion del Estado y aun con la ley de libertad de imprenta anterior á la constitucion. Y no porque esa imprenta fuese libre en materia de escritos religiosos; pero al fin su prévia censura se habia trasferido á los obispos, y estos, bien que en gran parte retrógados, no lo eran tanto como el santo oficio, ni igualmente fanáticos y ciegos en determinadas materias. Faltaba dar ahora un paso mas. Si la libertad de conciencia no era todavia posible, éralo al menos suavizar un tanto el yugo que pesaba sobre ella; éralo evitar desde luego que la mala fé teocrática confundiese con las de la religion las obras puramente filosóficas, la astrología con la adivinacion, los secretos de física y química con la hechicería y la magia: éralo debelar al fanatismo en sus últimos atrincheramientos, echando á tierra definitivamente el edificio inquisitorial y convirtiendo en muerte no dudosa el sueño aparente del monstruo: éralo, en fin; quitarle la esperanza de resucitar algun día; y si estaba escrito en el cielo que esto hubiera de suceder, hacer imposible á lo menos que su restauracion fuese durable, ó que volviera, aun sucediendo eso, á recobrar su antiguo predominio, á ser nuestro suplicio y oprobio cual lo habia sido en los tiempos de su omnipotencia pasada.

La lucha en tanto presentaba riesgos que debian ser tomados en cuenta. La intolerancia y la supersticion se habian atraído hartos prosélitos para que el combate de frente pudiera tener resultado, y era ademas de eso en las cortes algo difícil que los reformadores acertasen á conducirse con la habilidad necesaria para que la falanga enemiga no cayese al fin en la cuenta de que la proyectada abolicion era su sentencia de muerte, equivaliendo como equivalia si llegaba á realizarse, á perder el bando retrógrado todo el fruto de las concesiones que habia hecho al liberalismo, con la sabida y calculada mira de obtenerlas el por su parte en materia de abusos eclesiásticos y desórdenes administrativos. La junta central en sus tiempos habia dado al tribunal sangriento una prueba de notable cariño, nombrando inquisidor general al señor obispo de Orense; y este habia precidido muy bien triste es decirlo, pero necesario! á la generalidad del país. La primera regencia hizo mas, puesto que no contenta con eso, repuso en todas sus atribuciones al consejo inquisitorial, y esto habia gustado tambien mucho. Lo contrario sucedió con un decreto que sobre el asunto en cuestion tuvo á bien publicar el rey intruso. Vacilante éste al principio, habiase al fin decidido por la supresion absoluta de aquel nuestro padron de inominia; y el decreto en que así lo declaró, mereció en varias partes la honra de ser quemado por los españoles, no sin dar á su autor los dictados de herege, pagano y judío, con otros de la misma calaña, siendo sobre todos gracioso el muy horripilante de "ultrateo con que le bautizó un cierto fraile, y de los mas cerriles por mas señas en un pueblo del bajo Aragón.

Ahora bien: con tales premisas, ¿quién era el bravo entre los liberales, que por muy reformista que fuera, se atreviese á mostrarse tal respecto á aquel *noli me tangere*, esponiéndose á iguales dicerios cuando no á otra cosa peor? ¿Qué mal hacian los inquisidores sentados en sendas poltronas, sin mas afán que el de cobrar sus sueldos, mientras se decidia el grave punto de la legitimidad de su gefe? Porque es de saber que el de Orense lo era en reemplazo de otro inquisidor, del dignísimo Sr. Arce; y como ese Arce vivia, y como el nombramiento de aquel se dirigia solo á castigar el afrancesamiento de éste, y como el tal afrancesamiento no era en opinion de muchos para dar por vacante su puesto, y menos siendo importacion francesa la institucion que representaba, habia una especie de cisma entre aquellos santos varones, y entre tanto ninguno se entendia, y con esto y con otras mil dudas, era aquello un cien-pies sin cabeza, cubriéndose de polvo en el interin garfios, potro, parrillas y asador. ¿Qué prisa, pues, corria dar al traste con una institucion sin ejercicio, mereced por un lado á la época que no le era del todo favorable, y gracias por otro al babel de aquella nueva lucha de ant papas? ¿No dictaba al parecer la prudencia dejar la cosa *in statu quo*, contentándose con ver al santo oficio redacido á la censura de hecho, aunque el derecho le favoreciese? ¿A qué sublevar las conciencias con una abolición impolítica? ¿Por qué hallar los respetos debidos á la preocupacion popular? ¿Por qué no transigir con el error, cuando, aun reconocido como tal, era al cabo el del país todo entero, ó por lo menos el de su mayoría?

[Continuará]

ESTERIOR.

REVISTA DE EUROPA.

Paris. Noviembre 14 de 1854.

La impaciencia pública continúa siempre agitada, á impulsos de las numerosas, variadas y aun opuestas versiones que cada día trasmite á Paris el telégrafo eléctrico, relativamente á los sucesos que pasan en la Crimea. En medio de esa confusion babilónica, ocasionada por el espíritu de partido, la emulacion de los corresponsales del Oriente, el lucro de las empresas telegráficas, los errores de individuos particulares que alimentan sus comunicaciones con el sencillo pasto del rumor público, el amor propio de los militares actores en la guerra, quienes propenden á enaltecer siempre en sus cartas sus propias proezas y las de los suyos, con detrimento de las de sus adversarios, y sobre todo las miras de especulacion y de agiotaje bursátil, que hacen circular á cada instante por los *Boulevards de Paris* infinitas partes descifradas á su antojo, rusos ó